

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y EL MARXISMO (*)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

La moderna doctrina social de la Iglesia, formulada en relación con la nueva situación socio-económica resultante de la revolución industrial, es la reformulación de las exigencias de la moral social cristiana que la Iglesia siempre enseñaba durante toda su historia, llegando a ser presentada en una forma global, completa, sistematizada y ordenada, a base de la enseñanza tradicional y de la filosofía tomista, en la mitad del siglo XIX y más exactamente en el año 1848, en Alemania, por el insigne obispo de Mainz, Monseñor Wilhelm Emmanuel Ketteler. Por la misma fecha, en forma no menos seria y completa, está formulada en Francia por el dominico Henri Lacordaire y por Federico Ozanam, en varios escritos, de los cuales merece ser especialmente destacado el famoso *Manifiesto de Amor*. En el mismo año 1848 se publica, en París, en francés, el primer volumen de la extraordinaria obra del filósofo polaco Augusto Cieszkowski, *Padre Nuestro* (Ojczy Nasz), en la cual se lanza la idea de la desproletarización de los trabajadores (1). Casi por

(*) El texto de la ponencia al Congreso Internacional sobre «El concepto cristiano de la política económica mundial frente al marxismo», celebrado en Roma, los días 4, 5 y 6 de octubre de 1982, organizado por tres entidades: la Unión de Friburgo (Suiza), la Fundación Hanns Martin Schleyer (Köln) y el Instituto de Ciencias Económicas Walberberg (Bonn), con la participación de 326 economistas y especialistas en la doctrina social de la Iglesia.

(1) Cieszkowski, analizando filosófica y teológicamente la oración «Padre Nuestro», llama a los cristianos a la lucha por la realización del Reino

la misma fecha, pues en el año 1850 y los siguientes, en Italia, el padre Mateo Liberatore y otros padres jesuitas, en las páginas de la recién fundada revista *Civiltà Cattolica*, formulan la moderna doctrina social de la Iglesia, recurriendo al neotomismo. En España lo hace Juan Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, del año 1850 (2).

Es sabido también que en la mitad del siglo XIX, en el mismo año 1848, aparece el manifiesto de odio, es decir, el *Manifiesto Comunista* de Karl Max.

de Dios, lanzando la idea de transformar a los proletarios en los propietarios y en pequeños capitalistas. Cieszkowski (1814-1894), influenciado por la dialéctica hegeliana (tesis, antítesis, síntesis), vuelve a las ideas del milenarismo y sus tres épocas de la historia, a saber: la época de Dios-Padre, la tesis, desde la Creación hasta la Encarnación; la época de Dios-Hijo, la antítesis, desde la primera llegada de Cristo hasta su segunda llegada, y la época de Dios-Espíritu Santo, la síntesis definitiva, que empieza con la segunda llegada de Cristo. Según Cieszkowski, la segunda época de la historia de la humanidad, en la cual vivimos, debería ser caracterizada por el cumplimiento de las plegarias de la oración «Padre Nuestro», pues el Reino de Dios se va hacer una realidad histórica a medida que todos los hombres no solamente recen el «Padre Nuestro», sino que también realicen, en su vida privada y pública, lo que piden en esta oración. Las ideas de Cieszkowski son bastante realistas, pues propone, fuera de una buena retribución del trabajador, tanto industrial como agrícola, también la participación en las ganancias de la empresa y un sistema de seguridad social que abarque a todos. Cieszkowski, en su calidad de Diputado al Parlamento de Prusia, presentaba en vano proyectos de leyes sociales, inspirados por las mencionadas ideas, pero sí, antes de morir, tenía la satisfacción de constatar que estas ideas fueron acogidas por la encíclica *Rerum novarum*. La influencia del pensamiento hegeliano sobre Cieszkowski y su filosofía de la historia fue sólo superficial, pues seguía más bien a Santo Tomás. Véase: K. Kowalski «Filosofía Augusta Cieszkowskiego w swietle zasad filozofii sw. Tomasza» (La filosofía de Augusto Cieszkowski a la luz de los principios de la filosofía de Santo Tomás de Aquino), citado en *Historia katolicyzmu społecznego w Polsce, 1832-1939*, Warszawa, 1981, pág. 39.

(2) Véase: M. Poradowski, «El tomismo en las encíclicas sociales», en *Verbo*, núm. 203-204, págs. 231-254.

Con el correr del tiempo, ambas doctrinas, enfrentándose, se afirman y precisan, llegando a las posiciones completamente opuestas, irreductibles e irreconciliables.

La posición de la moderna doctrina social de la Iglesia está basada en la fe cristiana, es decir, la fe teológica; en la fe en la existencia de Dios uno y trino, Creador, Redentor y Santificador del hombre; en Dios, Providencia, permanentemente preocupado por su creatura, por el hombre, por su vida terrenal, la cual determina su destino eterno; en Dios, vinculado con la humanidad por la Creación, por la Encarnación y por la Redención. Esta moderna doctrina social de la Iglesia expresa también su fidelidad a la totalidad de la enseñanza de Cristo y al cumplimiento de la tarea, dejada por Cristo a la Iglesia: la construcción del Reino de Dios.

El Reino de Dios, predicado por Cristo, siendo identificado con el Reino de los Cielos, sólo puede ser realizado después de la segunda llegada de Cristo, alcanzando su plenitud en la eternidad del Cielo, pero ya aquí y ahora, en la tierra y en la historia debería empezar en la modesta forma de la «civilización de amor» (Paulo VI), como obra de los cristianos, inspirados por la enseñanza de Cristo, fortalecidos por su Gracia y guiados por el Espíritu Santo. Esta «civilización de amor» exige la simultánea realización de la «civilización de la justicia», es decir, de un régimen orientado en todo hasta el Bien Común, temporal y eterno, y en el cual se da la prioridad a lo espiritual.

La posición marxista, oponiéndose a la posición cristiana, también se basa en una fe (y no en una «ciencia» como algunos pretenden), pero en una fe completamente laica, puramente humana, en la fe en el hombre, que no reconoce la existencia de Dios, pero que «diviniza» (deifica) la materia, atribuyéndole poderes y capacidades de una misteriosa evolución, gracias a la cual, esta materia llega en el hombre a cobrar su conciencia. Al Reino de Dios, al Reino de los Cielos, el marxismo opone el reino de este mundo, un reino puramente humano, concentrado exclusivamente en lo temporal, en lo material, en lo económico.

El marxismo se opone a la posición cristiana no solamente

respecto al fin último del hombre y de la sociedad, sino también respecto a los medios. La doctrina social de la Iglesia, para alcanzar la parcial realización del Reino de Dios en la tierra, recurre a las reformas, inspiradas por la búsqueda de la justicia y caridad, mientras que el marxismo recurre a la revolución destructora y violenta, basada sobre el odio y la envidia, sirviéndose de la dialéctica subversiva, llevando la lucha de clases o la «lucha de los opuestos» a todos los sectores de la vida social y cultural.

El marxismo pretende sustituir el «fermento» del Evangelio, del Bien —es decir, del Amor y de la Justicia, concebidos como virtudes naturales y sobrenaturales— con el «fermento» de la «revolución permanente», el «fermento» del Mal —es decir, del odio y de la envidia, las pasiones corruptoras del hombre y de la sociedad— destruyendo no solamente la moral cristiana, sino también la moral natural.

Ambas posiciones, la cristiana y la marxista, se basan sobre filosofías opuestas, pues, mientras la doctrina social de la Iglesia está fundada en la filosofía del Ser y de lo Trascendental, el marxismo recurre a la filosofía de la Acción y de lo inmanente.

El pretendido materialismo marxista no es tal, pues cada vez se hace más evidente que la dinámica de la revolución marxista tiene sus raíces en el Mal; que detrás de ella se encuentra el «Príncipe de este mundo», como Cristo llamó a Satanás. Se hace claro que, en definitiva, se trata de un enfrentamiento entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo con el Reino de Satanás, y que este último sigue su eterna estrategia de engaño y de mentira, al pretender confundir a los cristianos, disfrazando sus propósitos con fraseología del Reino de Dios secularizado. Los dolorosos problemas sociales —producidos por la revolución industrial y agravados por la nefasta influencia de las ideas anticristianas— son hábilmente aprovechados por el marxismo con el afán de presentar a la revolución marxista como lucha por la justicia y paz, mientras que, en realidad, la satánica revolución marxista, fomentando el odio la envidia y el egoísmo de

clase, lleva todos los conflictos sociales al extremo. El imperialismo soviético y chino, esclavizando los pueblos, explotándolos y oprimiéndolos, fomenta las tensiones sociales y la desesperación que, tarde o temprano, tienen que desembocar en una catástrofe de dimensiones apocalípticas.

Este aspecto metafísico de ambas posiciones nos explica el hecho que la línea divisoria entre ellas no pasa fuera del hombre, sino dentro del hombre, dentro del corazón humano. Cada hombre puede ser el objeto codiciado por la conquista de ambas posiciones. La influencia de la posición cristiana no se extiende solamente a los bautizados, sino que abarca a cada persona tocada por la Gracia. De manera parecida, el marxismo penetra también en el ambiente cristiano, pues cada cristiano puede ser también el objeto codiciado por las influencias del Mal.

La aparición, dentro del «mundo cristiano» —es decir, en las filas de los que deberían militar exclusivamente por el triunfo del Reino de Dios—, de las corrientes de pensamiento evidentemente de inspiración comunista, como lo son las pretendidas «teologías» de liberación, de revolución y de violencia, es uno de los hechos más dolorosos de nuestro tiempo, pero no un hecho sorprendente. Además fue previsto y denunciado oportunamente por Pío XI en la encíclica *Divini Redemptoris* del año 1937 y, mucho antes, por la Santísima Virgen, la cual, en su infinita bondad y compasión, lo ha hecho en su mensaje de Fátima, del 13 de julio de 1917, cuando nos prevenía contra los «errores de Rusia».

Es a la luz de este enfrentamiento entre la doctrina social de la Iglesia y el marxismo, entre el Reino de Dios y el Reino de Satanás, que deberíamos analizar las actuales pseudo-teologías de liberación, de revolución, de violencia y otras, todas de evidente corte marxista (3).

Para nosotros viene la hora del desafío: frente al rotundo fracaso del liberalismo y de su engendro el marxismo, los ojos

(3) Véase: M. Poradowski, *El marxismo en la Teología*, Speiro, Madrid, 1976.

del mundo desesperado se vuelven hasta la Iglesia y su doctrina social.

El fracaso del capitalismo, tanto en su variante individualista como colectivista se debe, ante todo, a la reducción de la antropología a la zoología, desconociendo a la verdadera dignidad del hombre como creatura de Dios, hecha a Su imagen y semejanza con destino eterno de compartir la felicidad de su Creador, de ahí tratando al hombre sólo como a un animal y construyendo una sociedad de animales, haciendo caso omiso de la existencia de Dios y de su voluntad expresada en la Ley Natural.

El marxismo pretende presentarse como una alternativa frente al liberalismo y su capitalismo individualista, pero no lo es. Hoy día es evidente que los primeros formuladores de la moderna doctrina social de la Iglesia, casi ciento cincuenta años atrás, Ketteler, en Alemania; Lacordaire, en Francia; Cieszkowski, en Polonia; Liberatore, en Italia; Donoso Cortés, en España, y otros, tenían razón sosteniendo que el socialismo, comunismo y marxismo son solamente consecuencias del liberalismo (4).

(4) Se trata del liberalismo filosófico, al cual se refiere la encíclica *Libertatis*, de León XIII. El liberalismo de hoy, en el plano filosófico, subraya, en general, la plena autonomía del hombre en relación con Dios y, en particular, las existentes corrientes liberales pueden ser reducidas a tres posiciones básicas, a saber: la deísta, la agnóstica y la ateísta. El liberalismo deísta acepta y respeta la existencia de Dios, pero considera que el hombre, siendo un ser razonable y libre, tiene plena autonomía, sólo limitada por su razón y conciencia; el liberalismo agnóstico hace caso omiso del problema de la existencia de Dios, considerando que el hombre es absolutamente autónomo; el liberalismo ateísta declara sea la no existencia de Dios, sea su rebelión contra Dios, pues la considera como amenaza para la absoluta libertad humana. Marx confesaba precisamente a este liberalismo ateísta (mientras que su padre fue un liberal deísta), sintiéndose rebelado contra Dios, de ahí su culto satánico —sobre el cual tan acertadamente escribe el pastor luterano Richard Wurmbrand (véase su libro *Karl Marx et satan*, 3.ª ed., París, 1978)— y también su odio de sí mismo y de la sociedad (véase, al respecto, el libro de Françoise Lévy, *Karl Marx*, Grasset, París, 1976).

Ahora bien, el «liberalismo económico», tanto del siglo XIX como de

Hay que retornar, pues, a la construcción del verdadero y no secularizado Reino de Dios y dejar de perder tiempo en los afanes de antemano destinados al fracaso. También hay que tener presente que la doctrina social de la Iglesia no propone ningún modelo del régimen social-económico concreto, definido, único y obligatorio, pues sólo nos recuerda los principios fundamentales, las condiciones ecológicas, geográficas, geopolíticas e

nuestro tiempo, tiene muy poco o nada que ver, según los casos concretos, con el liberalismo filosófico arriba mencionado, pues —sin entrar en el problema de la existencia de Dios y su relación con la libertad humana— sólo se refiere a la libre actividad del hombre en el plano económico, especialmente en el plano de producción (es decir, la actividad empresarial) y de distribución (es decir, la actividad comercial); esta «libre» actividad se entiende como libre de las trabas legales (leyes, reglamentos, asociaciones, sindicatos, gremios, corporaciones, etc.) y de otras maneras de intervención del Estado en la vida económica y también libre de las limitaciones que impone lo moral objetiva, pero sí admite y exige una moral subjetiva, es decir, la que el hombre mismo se impone según sus propios criterios. Es a este liberalismo económico que se refiere la encíclica *Quadragesimo anno*, llamándole «manchesteriano» y lo rechaza, pues la doctrina social de la Iglesia exige del hombre y en toda su actividad, incluida la económica, el respeto de la moral objetiva, es decir, de la moral dictada por Dios sea expresada por la Ley Natural, sea por la Revelación y, también, exige cierta intervención del Estado en la vida económica, a base del principio de subsidiariedad y las exigencias del Bien Común.

A estas exigencias de la doctrina social de la Iglesia responde la así llamada «economía social de mercado», que aparece después de la segunda guerra mundial, como adaptación de la economía neo-liberal (Roepke y otros) a las exigencias de la moral cristiana y a las exigencias del pragmatismo económico.

La «economía social de mercado» tiene varios modelos históricos. Todos ellos son criticables desde el punto de vista de la doctrina social de la Iglesia, pero las deficiencias de estos modelos no vienen de los principios sino de los factores reales, es decir, del hecho de que, en cada sociedad democrática, los cristianos no pueden imponer plenamente su propio modelo económico, pues tienen que respetar las opiniones y las fuerzas concretas políticas de otras agrupaciones políticas. Siendo un modelo práctico, el resultado de varios compromisos de la política contingente siempre es imperfecto. Además, en los compromisos influye también la situación económica mundial.

MIGUEL PORADOWSKI

históricas, debería elaborar su propio modelo y que el éxito de este esfuerzo depende del grado de fidelidad a la recomendación de Cristo: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás lo recibiréis por añadidura».